

# HABLANDO CLARO

---

(Á modo de Prólogo)

Este libro, es un libro... «muy difícil» para sus autores, mejor dicho, para quienes lo compilamos; pues si los firmantes de esta *Advertencia Preliminar* ponen algo—y aun demasiado—de su cosecha en las páginas subsiguientes, lo *más* y lo *mejor* de este volumen es de paternidad ajena.

«Difícil» el librejo, por lo que nos atañe, y no menos dificultosa la explicación del por qué de tal dificultad.

Va á tratarse de nosotros mismos—*de Segarra y Juliá*—por cuenta y pluma propias y por pluma y cuenta de otros. Van á estamparse, bajo nuestro patronato directo, alabanzas innúmeras, adjetivos encomiásticos—¡y echen ustedes todas las flores é inciensos del repertorio bombístico!...—Vamos á compilar, por nuestra cuenta y razón, cuanto de grato al oído y de «cosqui-

lleante» al amor propio se nos ha dicho en tribunas y en papeles públicos, poniéndonos de *talentados*, de *simpáticos*, de *modestos*, de *laboriosos*, de *distinguidos*, de *dignos*, de *valientes*, y ¡hasta de ilustres! que ya no hay por donde cogernos...

Y todo esto, con sus adornos correspondientes, se colecciona en este tomo, en cuya cubierta se ostenta, con todas sus letras, nuestro nombre. Lo cual quiere decir en toda tierra de cristianos, que, tal florilegio ajeno, *item más* los piropos que estamos dispuestos á prodigarnos á nosotros mismos, lleva nuestra plena sanción, pues creemos merecer esas alabanzas—¡así reviente del susto la mismísima inmodestia hecha sapo!...

¿Que tan descarada hinchazón de vanidad pudiera disimularse con sólo publicar este libro sin nuestro nombre el frente, y como cosa de tercero ú obsequio editorial de algún grupo de «amigos entusiastas»?

*Farsa é hipocresía* se llama esa figura de publicidad.

Además, eso lo han hecho y lo hacen todos los días muchos de la clase de «humildes», ya que en todas las latitudes funcionan ramas de la masonería universal del *Bombo Mutuo*... Y pues nadie nos ha regalado el parche, tolérenenos la

franqueza de que empuñemos el mazo en pleno día, de manera que el público nos vea bien las caras.

Quienes tan sin afeites se presentan al lector, pueden, con idéntico tono de voz, reclamar atención y crédito para lo principal—por ser lo substancioso—de este disparatado cuanto honrado *Proemio*.

Y es ello, que no se le brinda al público este libro para que se recree en aquello del *talento* y la *modestia* y la *laboriosidad* y demás cualidades excelentes que adornan á nuestras interesantísimas personas. Pues, si todo ello se ha vertido en cascadas de mieles y de aromas sobre la persona y la labor de Segarra y Juliá, éstos declaran (¡y á fe que no es modestia!) no haber sido, al recibir tales halagos, sino un *medio*, un *pretexto*.

Ha habido una *finalidad* á la cual corresponden por entero esos agasajos, y que está muy alta, muy por encima de las cabezas de Segarra y Juliá. Y cuenta que nuestras testas tocan alfo, pues nunca se han doblado al peso de ninguna ignominia, ni se han inclinado, aunque sólo fuera para mirar el respectivo ombligo... ó sus *adyacentes* los bolsillos del chaleco—*¡visceras* que han sufrido alguna que otra vez los espasmos de retortijones crueles!...

Hemos sido simplemente un *medio*, un *pretexto*.

La *finalidad* hacia la cual sube en espirales perfumadas la mirra de tanto elogio y de tanto entusiasmo, de alientos tales y de tan repetidas demostraciones de cariño, ha sido y es nuestra santa madre ESPAÑA; ha sido y es la voz de la sangre y el espíritu de una RAZA que, como la latina, clama ya—¡en hora venturosa!—la palabra de reconocimiento entre sus hijos esparcidos allende y aquende el Atlántico.

Y si se nos ha festejado por *fuertes* en el cumplimiento de un propósito, y por *dignos* en el empleo de nuestras energías, se ha festejado así la «fortaleza» de España y la «dignidad» de la estirpe latina, á la cual no han de arrebatarse jamás el imperio en los dominios del quijotismo generoso aunado á la más sana y robusta de las vitalidades anímicas, digan lo que quieran y hagan cuanto hagan los orgullos y desplantes del vecino de enfrente.

Individualidades de alta potencia mental y colectividades entusiastas, se han dado la consigna de formar, constantemente, coros de aplausos muy halagadores en torno de nuestra em-

presa de andariegos estudiosos. Y, á franqueza y á sinceridad nadie nos gana; hubiéramos enrojado de rubor tanto cuanto exultamos de gozo, si en los afectos dedicados á nuestras personas no hubiesen brillado siempre, siempre, los respetos á la *Patria* y los amores á la *Raza*.

¿Y por qué no consignar esas consoladoras manifestaciones de solidaridad espiritual, tan elocuentes, tan repetidas, y consignarlas valientemente, sin remilgos hipócritas y sin que nos detenga en el propósito la falsa y mentirosa consideración de que tales entusiasmos y cariños se han manifestado por *medio* y á *pretexto* de nosotros?

¿Que con los elogios á *España* y con las alabanzas á la *Raza* se nos elogia y aplaude á nosotros?

Sí, señores. ¿Y qué hay de escandaloso en ello?

Hablaremos de una vez, clarito y fuerte, para que todos nos oigan y entiendan, y con el objeto de «curarnos en salud», como suele decirse, por si algún socio del gremio de *modestos* ó de la hermandad de *perspicaces* estima vitando el hecho de que aceptemos como debidos y merecidos los piropos que á nuestras personas se propinan en autos, ó guiña el ojo, sonriendo maliciosamente, como seguro de haber sorprendido el secreto de que, en este libro, sólo perse-

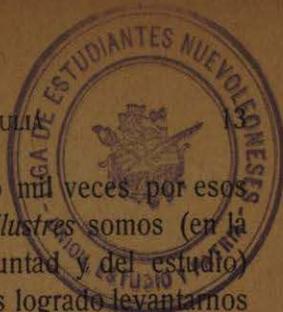
guimos la finalidad de darnos una mano de jabón por cuenta ajena.

¡No, paladines de doña *Modestia* y favoritos de doña *Perspicacia*! Aguantad la rociada de la justificación propia de tales piropos.

Se nos llama *valientes*, y lo somos, pues hace muy cerca de doce años que peregrinamos por el mundo sin más viático que nuestro trabajo.

*Laboriosos* somos, porque trabajando vivimos.

*Dignos* somos, porque sólo el trabajo prevé nuestro ropero y aprovisiona nuestra despensa. Y con la simpatía y la ayuda del público, que quiere—por la única razón de que le da la realísima gana— leer nuestros libros y escuchar nuestras conferencias, nos damos por muy contentos y satisfechos, prosiguiendo en nuestros quijetismos pro arte y pro cultura, que á nadie perjudican y á nadie engañan. Y si la fiereza del temperamento y el orgullo muy sano que hemos vinculado á nuestra escabrosa bohemia no nos coloca ni ha de colocarnos nunca en el rango de los potentados del oro—¡ó aunque fuese de la plata!—ni siquiera nos garantiza el porvenir en cuanto á una compensación material á tantos afanes, en cambio, podemos mirar serenos hacia atrás, sin que ante nuestra conciencia se dibuje, acusador, el disco de una sola moneda mendigada ó sableada á nadie.



*Ilustres* nos han llamado mil veces por esos mundos, y, ¡no asustarse! *ilustres* somos (en la estirpe nobiliaria de la voluntad y del estudio) porque «quisimos» y hemos logrado levantarnos sobre el nivel de nuestros congéneres de clase, y de abolengo; *ilustrés*, porque hemos laborado en el propio «yo» aspirando á ocupar un puesto de honor entre los que se rebelan contra el fatalismo de la cuna y contra el azar de los pañales; *ilustres*, porque sólo nuestras energías nos han llevado á graduarnos en la universidad del mundo, y porque hemos combatido la santa cruzada del que anhela llegar á la suprema nobleza de cultivar su mente y su corazón, y porque vencimos al Destino con las armas de la constancia, cuyo temple no amenguaron jamás lo prolongado de la lucha ni lo frecuente de las hambres; *ilustres*, porque en la relatividad de nuestra esfera de acción y de nuestros medios, hemos dignificado á la clase de «blusa y alpargatas» de la cual procedemos por vía directa—¡y á mucha honra;—*ilustres*, porque con todas estas ejecutorias como bagaje nobiliario, es gran verdad lo que de nosotros y de nuestro tiempo consignó en letras de molde Blasco Ibáñez, cuando, en los comienzos de nuestra aventura juvenil, comparándonos con los zánganos de la pollería casi dorada y *efectivamente* podrida de cuerpo y seca de intelecto, dijo que «en el árbol social se veri-

»fica una poda justiciera, pues las ramas de arriba que están secas por ser improductivas—organismos roídos por el alcoholismo y las enfermedades vergonzosas—apenas se mueven y pretenden dar señales de vida con escandaloso rumor, caen tronchadas por la fuerza de los retoños sanos, vigorosos y activos que vienen de abajo como hermosa renovación de la vida»...

Y también *ilustres*, en el sentido heráldico de la palabra, por ser hijos de España y por llevar en las venas sangre de la ilustre estirpe latina.

¡Que título de nobleza bien alta es el ostentar la etiqueta étnica de una raza, la cual, á pesar de todos los pesares, ejerce todavía la hegemonía en los dominios espirituales de la humanidad, y blasón envidiable es el de ser y sentirse hijos legítimos de una nación cuyas glorias necesitan muchas montañas de metralla y muchas cordilleras de talegos de oro para que sobre aquellas glorias no esplenda magnífico el sol que alumbra á veinte nacionalidades amamantadas á los pechos de Iberia!...

A la PATRIA y á la RAZA el homenaje, que es merecido y muy justo.

Y aquello que de los elogios y los aplausos se nos pegue á la ropa, lo cedemos desde ahora

á los probables críticos y criticones de este nefando «alarde de inmodestia», ya que nos consta lo hambrientos que andan de elogios ajenos los desheredados de méritos propios; fariseos que cubren con la capa de la humildad su carencia de substancia gris en el piso de arriba y su falta de licor rojo en el lado izquierdo.

Vuelta de hoja, pues, y á leer con atención las páginas que siguen.

A la *Patria* los elogios, que no hay uno sólo que no le sea debido; y á la *Raza* los aplausos, que es ya hora de levantar los corazones y defendernos de las jeremiadas propias tanto ó más que de los arañazos ajenos, siquiera sea «creyendo en nosotros mismos», como hijos no renegados de una estirpe gloriosa.

S. y J.